



VANESSA AGUIAR

LA LLAVE

I

LOS BUSCADORES DE ALMAS



Capítulo 1.

Corps et Âme

19 de mayo, 07:00 horas. Era de Mercurio. Joyeuse (Francia)

El repicar de las campanas de la iglesia acababa de anunciar la hora. El alba descubría el estudio de Pierre Bonnet. Las estanterías del vestíbulo daban paso a un salón de estilo rústico. En él había un altar lleno de baúles, un sofá en tonos grises, una cocina repleta de utensilios bien apilados y un mirador con vistas a la céntrica calle del Atelier.

En lo que concierne a Pierre Bonnet, hacía diez años que el atractivo sesentón había renunciado a sus tareas de librero en una próspera avenida de Lyon. No obstante, la vida cosmopolita de la ciudad no impidió su traslado ni que él se habituara al pausado ritmo rural de Joyeuse.

Aquella no era una mañana cualquiera. Pierre se bebió tres gotas de una pócima, le ordenó al ventanal que se cerrara, transformó la fachada del edificio en un viejo muro de piedra y corrió hasta la calle del Atelier. A solas, con la bruma del amanecer

todavía envolviendo los árboles, cruzó la vía y subió una empinada cuesta para llegar a la *place* de la Coquelière. A continuación, se detuvo en un recodo de la plaza, buscó una llave en el bolsillo de su chaquetón, abrió la puerta de la librería y oyó el tintineo de las campanillas que colgaban del dintel.

Corps et Âme era similar a una cueva inexplorada. Un pasaje goloso para los ojos de un expedicionario que deseara investigar libros que atesoraran la historia secreta de la humanidad. El claustrofóbico espacio olía a viejo. Por este motivo, Pierre se precipitó a abrir la única ventana que poseía el comercio. Con los primeros rayos del día filtrándose por los estantes, bordeó el mostrador. Justo detrás de él se abría un estrecho arco que conducía a la trastienda. El librero agachó la cabeza para atravesarlo y se aferró a la baranda que desembocaba en el almacén.

Diez años atrás, el sótano había sido el refugio que Pierre escogió para proteger su identidad del acecho de los corruptos seguidores de la Vía Oscura. Sin embargo, en ese instante la diáfana estancia —dividida en tres amplias salas por unas vitrinas— también era usada para amontonar los libros descatalogados y reunirse, una vez al mes, con un grupo de adeptos de la Vía Lumínica. En concreto, con los responsables del Ministerio de Buscadores de Almas de la región sureña de Ardèche: sección gubernamental del Quinto Reino.

Su amigo Ismael Vignes no tardaría en asomar la nariz por Corps et Âme. Pierre aprovechaba ese tiempo de espera para imprimir los renglones de un artículo periodístico. Excitado, cogió el folio y lo leyó. En un momento, sus ojos se llenaron de lágrimas. Con la mirada fija, enterrada en el conjunto de líneas, Pierre no se percató del agradable tintineo de las campanillas.

Habían transcurrido dos meses desde la última entrevista de Ismael en Joyeuse: la vida nómada del druida, errando por di-

versos refugios de montaña de Ardèche, no le permitía visitar Joyeuse tanto como deseaba.

—¡Has venido, amigo mío! —exclamó Pierre mientras estampaba el artículo sobre el mostrador.

—¡Hombre de poca fe! —le replicó Ismael, sintiéndose desbordado por las caricias que Pierre le proporcionaba en la cara.

—¡Las montañas no han sido duras contigo! ¡Qué moreno! ¡Qué atlético! —advirtió el librero, y apartó las manos de sus mejillas para retroceder unos pasos y examinarlo.

—¡Pierre, tu aspecto sí que da pena! —contrató el druida, y repasó el recio cuerpo de su amigo, sus mofletes rosas y los enlutados cercos que bordeaban sus ojos verdes.

—Sí. Apenas he dormido —le confesó Pierre, y se llevó las manos a la larga mata de pelo pelirrojo—. Ayer conversé con el Oráculo de Vans. Ella se reafirmó: «La otra llave está muy cerca de nosotros» —dijo informándole sobre el motivo de su insomnio.

Al momento Pierre enmudeció: la furgoneta azul celeste de Allexandre Sapt acababa de pasar por delante de la ventana del establecimiento, haciendo crujir la gravilla bajo el peso de los neumáticos. De inmediato, su atención se desvió hacia las otras dos personas que aún debían acudir a la librería.

Mientras Pierre observaba a Allexandre por la ventana, Ismael miraba de reojo al librero. Para el druida los pronósticos del Oráculo de Vans solo eran simples probabilidades. Además, el cumplimiento de estos augurios dependía de las decisiones que tomara Luzilda: una joven que desconocía la existencia del Quinto Reino y el rastreo que ellos habían iniciado para encontrarla. Esa mujer, mitad humana y mitad elfa, que había sido designada por los Siete con la palabra «llave».

—Pero en su anterior predicción, el Oráculo de Vans también dijo que era probable que Luzilda estuviera buscándonos —replicó Ismael—. Si esto fuera cierto, significará que una parte

de la profecía se habrá cumplido. Aunque también significará que...

Pierre agachó la barbilla, estremecido. Él sabía muy bien cómo acababa esa frase. Pero Ismael, inquieto por esa idea que ocupaba su mente, la recitó:

—Según Georgia, el reencuentro solo se produciría si se consuma el sacrificio de una persona, que la sabia calificó como el Cordero. La profecía se sometía a esta condición: para que la joven nos encontrara, alguien debía estar dispuesto a morir por ella.

—Por un bien mayor —lo consoló Pierre, y dejó caer las manos sobre los hombros de él.

Acto seguido, Pierre contempló la fotografía que, en pálidos tonos grises, resplandecía a consecuencia de los rayos que se filtraban por la ventana. La imagen, enmarcada en un recuadro, ocupaba la mitad del folio. En ella, un hombre sonreía ante el objetivo de la cámara. Daba la impresión de que su alargada nariz iba a sobresalir del marco para saludar. Sin embargo, veinte centímetros más abajo se leía: «El prestigioso naturista español Martín Zavala muere a la temprana edad de cuarenta y dos años».

Pierre llevaba dos semanas recopilando información sobre los últimos asesinatos cometidos en ciertos países de Europa. Georgia le había confiado esa tarea y enumerado los principales focos de búsqueda: Grecia, Italia, Francia y España. De entre todos los crímenes, ese le parecía el más sospechoso: ¿sería Martín Zavala el Cordero que buscaban? ¿O se trataba de una simple coincidencia? ¿Cuántas pociones había elaborado Martín para él sin entrometerse en sus asuntos! Al momento, un sudor frío le recorrió la frente y una idea ocupó su mente. «Si la vida de Luzilda y la suya estaban unidas por la profecía de los Siete, ¿por qué no iba a estar relacionado su destino con el asesinato de Martín?», caviló.

—¿Una tacita de té? —interrumpió Allexandre, alegremente.

Allexandre Sapt era un hombre de aspecto joven y mediana estatura, de carácter apacible y muy solitario. Tenía ciento noventa años: una suma muy ridícula teniendo en cuenta que pertenecía a un clan de vampiros psíquicos. Sin embargo, aunque él había renunciado a sus orígenes, no había duda de que poseía ciertos rasgos físicos típicos de los chupapensamientos: un cuerpo fuerte, una piel pálida y unos ojos granates que adquirían un vistoso tono azul turquesa con la luz del día. A más de esto, su vida transcurría alrededor de tres pasiones: la carpintería, el serrín desprendido de cada talla y los artilugios mágicos más extravagantes del Quinto Reino.

Cada mañana, en cuanto el tañido de las campanas de la iglesia anunciaba las siete y media, Allexandre aparcaba su furgoneta en Corps et Âme. Y con su cabellera albina todavía revuelta y teñida por los restos de serrín que había acumulado durante la noche, entraba en el comercio para invitar a su amigo a una tacita de té e informarse de cualquier asunto relacionado con el Ministerio de Buscadores de Almas.

En la sala más apartada del exterior, Pierre utilizó la mente para desplazar cinco sillas alrededor de un tablero. Mientras tanto, Georgia Biron bajaba de un coche negro, apoyada en su bastón, para dirigirse a Corps et Âme.

Pese a sus doscientos noventa y dos años, Georgia irradiaba frescura. En su círculo de amigos era definida como «una mujer muy sabia», un calificativo que siempre le hacía reír. Gracias a los dones que ella había heredado de su clan, Georgia era capaz de percibir a Numen, el dios de la Tierra. Por medio de esta conexión, la profesora obraba como un vínculo entre la deidad y los seres humanos que la reclamaban para resolver sus problemas. Además, este don la dotaba de longevidad. No obstante, su legado también implicaba una gran responsabilidad: Georgia Biron no debía errar en ninguna de sus conjeturas. Para lograr

este propósito, su mente tenía que estar calmada, al igual que su corazón. Solo así ella podía recibir los mensajes de Numen sin confundirlos con sus ideas.

Sin duda, Georgia sabía que cualquier acción humana favorecía el desarrollo de las dos fuerzas que constituían Numen: la luz y la oscuridad. Para los clanes del Quinto Reino asentados en Les Vans, una pequeña población próxima a Joyeuse, la sacerdotisa era conocida como el Oráculo de Vans: un nombre impactante para los que deseaban conocer las consecuencias que derivaban de sus actos.

Minutos más tarde, en medio de un virulento ataque de tos, la psicoanalista Thérèse Lacroix ocupaba el último asiento. Thérèse Lacroix era la encargada de reclutar a las personas internadas en psiquiátricos franceses. Podía decirse que, de entre todos los buscadores de almas de la Tierra —esos reducidos grupos de profesores hábiles para alistar a seres humanos aptos para saltar del modelo de vida del Cuarto Reino (el reino humano) al del Quinto Reino (el reino de Numen)—, Thérèse era la más virtuosa. Al respecto, sus compañeros admiraban el trabajo que llevaba a cabo con los alumnos del colegio Saint-Étienne, a quienes guiaba en su desarrollo personal cuando su organismo adquiría la virtud *imaginatio vera*: don esencial que propiciaba el ascenso de una realidad a otra.

Presidiendo la mesa, con el artículo entre las manos, Pierre contempló a las cuatro personas con las que debía tratar dos sucesos indispensables para el destino del Quinto Reino: el homicidio de Martín y la búsqueda de Luzilda. Bajo el abovedado espacio que los cubría, el eco se manifestó con las primeras palabras que salieron de la garganta del librero.

—Creo que Martín Zavala es el Cordero. Era el candidato ideal: un individuo del Cuarto Reino curioso y ambicioso. Además, él trabajaba para mí en el botánico de Émile Fontaine —pronunció Pierre recordando el último encargo de pociones

que le había pedido al naturista para retrasar los efectos de su envejecimiento corporal.

—La profecía de los Siete también decía que el Cordero se relacionaría con las llaves antes de morir —afirmó Georgia, validando los argumentos de Pierre.

—¡Cualquier persona podría haberse relacionado con las llaves, Georgia! ¡Tus palabras no aportan nada nuevo! —le replicó Ismael.

A Ismael le exasperaban las complejas predicciones del Oráculo de Vans.

—Echa un vistazo a la fotografía de Martín, Ismael. Vosotros, los empleados del Ministerio de Buscadores de Almas, sois expertos en reconocer a los humanos que indagan sobre la existencia del Quinto Reino. Dime, ¿qué te dice tu intuición sobre él? —objetó Georgia, expectante. Pero Ismael esquivó la mirada de esa anciana raquítica, de largos mechones grises y piel lechosa, que pretendía obligarlo a hurgar en su triste pasado y abandonar su vida errática—. ¿Te das cuenta, Ismael? Si no hubieras renunciado a tus orígenes, hoy no serías un buscador de almas inseguro: estarías empleado en el Ministerio de Druidas, utilizando los elementos de la naturaleza para aportar datos sólidos a nuestra investigación —lo sermoneó Georgia.

—El único que podría resolver el misterio de Martín Zavala es Armand Fontaine. ¿Alguien sabe por qué el director no ha venido a la reunión? —intercedió Thérèse, pensativa.

En el acto, todos miraron a esa mujer menuda y cariñosa que habituaba a trasladarse a Joyeuse con túnicas voladoras de color verde. La delgada figura de la psicoanalista ensalzaba su melena rosa, sus ojos de sapo y unos labios teñidos de rojo.

—Armand está en Groenlandia recopilando los papiros de su primo Émile. Durante sus expediciones es imposible localizarlo: las bajas temperaturas de la isla impiden una comunicación telepática —le respondió Pierre.

—Armand se unirá a nosotros en el palacio de Jacques Cœur —completó Georgia, recapitulando la última conversación que ella había mantenido con el dirigente de Saint-Étienne.

—Debemos organizarnos. Es importante que las dos últimas llaves del Quinto Reino os encontréis y restablezcáis el equilibrio de las fuerzas de Numen, Pierre. La situación del planeta es cada vez más insostenible —expuso Allexandre Sapt, promoviendo la acción del grupo.

Pierre asintió, conforme.

—Los empleados del Ministerio de Buscadores de Almas de la región de Ardèche están en huelga. Los niveles de ignorancia se han disparado y los pocos habitantes del reino humano que hoy en día obtienen la *imaginatio vera* son cada vez más perseguidos por los fieles de Gran Sombra. Además, nuestros líderes espirituales, los Numarcas, ni se pronuncian ni hacen nada para frenar a estos psicópatas —explicó Allexandre indignado.

—También cada vez hay más personas del Cuarto Reino que asisten a mi consulta por trastornos mentales —intervino Thérèse apoyando los argumentos de su marido. Después la psicoanalista se dirigió a todos y confesó entre bufidos—: Los más jóvenes tienen la autoestima por los suelos. Esta solo depende de lo aceptados que ellos se sientan por su entorno: *selfies* y filtros de belleza, acoso escolar, abuso de las tecnologías y de las redes sociales.

»Por otra parte, los adultos se comportan como zombis: un trabajo esclavo, unas vacaciones programadas, unas relaciones sociales superficiales, una falta de respeto por el medio natural, una gran obsesión por el consumismo y una vida sin proyección espiritual. ¡Qué locura! ¡Ya nadie se plantea por qué narices ha nacido en este planeta ni para qué!

—Son tiempos muy oscuros, Thérèse. Nadie dijo que atravesar la era de Mercurio sería fácil. El nacimiento de Pierre y de

Luzilda marcó el inicio de esta etapa del Quinto Reino. Salir de ella o no dependerá del cumplimiento de la profecía de los Siete —la apaciguó Georgia.

—Seguiremos las directrices que nos propuso Armand antes de irse de expedición a Groenlandia: organizarnos en dos grupos de trabajo. Pero antes centrémonos en las causas que relacionan la muerte de Martín con el Cordero. Es hora de actuar —anunció Pierre haciéndole frente a la triste realidad que padecía el mundo.

Capítulo 2.

Lucía Lahoz

19 de mayo, 10:30 horas. Era de Mercurio.
Trayecto Valencia-Madrid (España)

Los rayos de sol irrumpieron en su asiento con tanta violencia que Lucía perdió el hilo de la lectura. Molesta, cerró el manuscrito y volcó su atención en la meseta que aparecía por la ventanilla.

Lucía Lahoz aprovechaba el itinerario para terminar de corregir *Los buscadores de almas*, su primera novela de ficción. Sin embargo, el libro no la satisfacía. Desde que lo había terminado, el manuscrito solo le había causado problemas.

Acto seguido, la joven miró el reloj de pulsera. Todavía faltaba una hora para que finalizara el trayecto. Dominada esta vez por una imparable sucesión de bostezos, guardó la obra en el bolso y se entregó a la somnolencia que le provocaba el balanceo del tren.

Al momento, el monótono traqueteo de las ruedas se transformó en la visión de un paraje agreste de montañas angulosas y profundas cuencas. En el sueño, Lucía contemplaba el juego de tonos verdes que ofrecían las extensiones de hierba doradas

por el sol. En ese escenario idílico, Lucía inhalaba el aire limpio del campo y disfrutaba de las vistas con los brazos levantados hacia el cielo. De repente, el sueño se desvaneció y en su lugar otra ilusión, de características opuestas, apareció en su mente de forma brusca. En esta otra fantasía, un crucifijo de dimensiones colosales se alzaba ante una niña y ella lo contemplaba horrorizada. La pesadilla empeoró súbitamente justo cuando la cruz comenzó a tambalearse como un balancín fruto de rápidas sacudidas transversales. En cuestión de segundos, el madero se estamparía contra... ¿el suelo? ¡No! En esa realidad no había superficie: al igual que la niña, el crucifijo flotaba en el vacío de una oscuridad impenetrable. Quizá la única alternativa para sobrevivir consistía en empujar el vértice del objeto y derribarlo. Pero ¿cómo podría ella, con sus delicadas manos, desviar la dirección del impacto hacia el lado contrario? ¡Era imposible luchar contra aquel armatoste!

—¿Estás preparada para morir, Lucía? —le preguntó una misteriosa voz que procedía de la nada y abarcaba todo el espacio.

Al instante, la niña reconoció al emisor y se comportó como si estuviera sometida a los efectos de un hechizo. Sin más, se enjugó el llanto con la manga de su vestido, sonrió conforme y le respondió a la muerte: «Sí, estoy preparada».

—¡No! ¡No! —exclamó Lucía sobresaltada a la vez que abría los ojos y comprobaba que algunos pasajeros extraían sus equipajes de los maleteros a medida que el tren frenaba y se aproximaba al andén.

Esa mañana la estación de trenes de Atocha gozaba de un tránsito escaso de viajeros. Algunas personas se entretenían almorzando o paseando junto al jardín botánico. Otras deshojaban el lento transcurso del tiempo contemplando las musarañas o los escapates que precedían a las vías. Y, al igual que Lucía, las había que trotaban derechas hacia los exteriores del edificio.

Obstinada en llegar puntual a la glorieta de Quevedo, donde se ubicaba la editorial Canaán, Lucía cogió un taxi.

Canaán se localizaba en la parte inferior de un viejo edificio, en un sótano al que solo se accedía desde la calle descendiendo por unos delgados escalones.

—¡Al fin nos conocemos en persona! ¡Por favor, pasa! —exclamó sonriente Maurice Lafayette, abriendo de par en par la puerta de entrada a su antro inmundito—. ¿Qué tal el viaje? ¿Cansada? ¡Por favor, pasa y siéntate!

Maurice se sentía feliz de conocer a Lucía en persona. Era más alta y robusta de lo que había imaginado, tanto que a su lado ella parecía un armario y él un simple cepillo de dientes. Además, la larga melena rizada y negra reforzaba su carácter fuerte y decidido.

Lucía se aventuró a descubrir los entresijos de Canaán. De entrada, varias estanterías de roble gravitaban sobre unas deslustradas paredes color vainilla que habían sido decoradas con retratos en sepia de aspecto inquietante. En el centro de la estancia se disponían tres mesas que ocupaban los pocos metros que Maurice compartía con Sebastián, su único empleado.

Esa mañana, Sebastián se encontraba en la presentación de un libro, a las afueras de la ciudad, de modo que, en lo que quedaba de jornada, el becario no metería la nariz en ese cuchitril. Este suceso no era casual, pues Maurice deseaba entrevistarse a solas con ella.

—La teoría que buscas comienza en el tercer capítulo —afirmó Lucía sintiéndose extraña; y sacó el libro del bolso y lo depositó en las impacientes manos de él.

—Comprendo —le respondió el editor con indiferencia, devorando con la vista la novela que sostenía—. Tardaré varias horas en leerla. Veamos, ¿podrías regresar a Canaán a eso de las cinco?

—Preferiría quedarme aquí —le replicó Lucía.

—De acuerdo... —titubeó él, molesto.

Al instante, el editor dejó a un lado su ansia y le cedió su escritorio a la autora.

La felicidad que se dibujaba en su rostro lo delataba: Maurice Lafayette se sentía como un niño con zapatos nuevos. Si él estaba en lo cierto —y en lo que a obras literarias se refería muy pocas veces se equivocaba—, Lucía acababa de entregarle uno de los libros más importantes de su trayectoria como editor. Como propietario de Canaán, Maurice había dirigido su empresa hacia un segmento de población muy concreto, pues solo publicaba textos asociados al estudio del alma humana. Por lo tanto, a sus sesenta y tres años, casi al final de su carrera, la repentina aparición de Lucía no le parecía casual.

Con el paso de los años Maurice se había tropezado con muchos escritores, tantos que incluso había creado un barómetro para evaluar su talento. Gracias al ejercicio, él reconocía sin esfuerzo a los autores que redactaban con esmero pero que eran incapaces de expresar emociones. En otros percibía que su éxito profesional estaba unido a un proceso de madurez personal. Y, entre los más desfavorecidos, distinguía a esos presumidos que solo pretendían ocupar un hueco en los estantes de las librerías más prestigiosas del país. Últimamente, desgano, la mayoría de los escritores no le aportaban nada. Por lo tanto, solo cuando existía un mínimo de rentabilidad económica consentía la publicación de novelas y ensayos. Mientras tanto, se limitaba a impartir cursos *online* de corrección, una forma sencilla de obtener dinero.

Lucía había llegado en esa etapa de desgano... ¿pasajera? Ni él mismo lo sabía. Era la primera vez que se encontraban cara a cara y la admiraba. Sin más, ella parecía ser la ecuación que podía resolver su aburrimiento.

* * *

Mientras valoraba el manuscrito, Maurice recordó la primera vez que Lucía había aparecido en su vida, a través del contestador de Canaán. El modo en el que, con un fino hilo de voz y un jadeo sostenido —como si una catástrofe la hubiera abatido segundos antes de hacer la llamada— dijo: «Señor Maurice Lafayette, me llamo Lucía Lahoz. Necesito contactar con usted. Es urgente». Y como al instante el característico bip anunció el fin del mensaje.

A raíz del testimonio y de las dos jornadas que transcurrieron sin el menor rastro de la joven, Maurice, agitado por un reconcomio triunfante, decidió recluirse en Canaán hasta bien entrada la noche. «¡Ella llamó sobre las tres de la madrugada! ¡Era imposible que me localizara en la oficina! ¿Y si me gastó una broma?», llegó a reprocharse. Pero... ¡había algo extraño en ella! ¡Algo diferente! ¿Qué querría? Para resolver el acertijo, debía perseverar. Y el milagro se manifestó un día después, justo cuando estaba a punto de quedarse dormido con las nalgas en los bordes del asiento y sus huesudos brazos desplegados sobre la mesa, rodeando los rizos que poblaban su espesa cabellera gris. De esta suerte, estampado como un sello en el buró, Maurice escuchó el estrepitoso ring.

—¿Diga? —se abalanzó sobre el auricular ansiando encontrar la voz de Lucía en él.

—¿Maurice? ¿Maurice Lafayette?

—Yo soy Maurice Lafayette. ¿Quién me llama? —le preguntó a pesar de haber reconocido el tono radiofónico que la caracterizaba.

—Me llamo Lucía —se presentó ella, sintiéndose aliviada por el encuentro.

—Es la joven del mensaje telefónico, ¿verdad? —enfaticó el editor, manifestando más alegría que desconcierto—. Y dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Sí. Hace poco menos de dos semanas usted actuó como moderador de una tertulia televisiva —le respondió Lucía a media voz.

—Sí, lo recuerdo. Fue un debate fantástico —la interrumpió, ruborizado.

—Entre los ocho ponentes que intervinieron en el plató de la CN5 estaba Martín Zavala. ¿Le recuerda? —preguntó Lucía tajante.

—Espere que piense: ocho ponentes... Martín Zavala... —enumeró bromeando con su entonación de igual forma que si fuera un adolescente impertinente.

—Este participante introdujo una breve hipótesis sobre el cometido evolutivo de la raza humana en la Tierra. ¿Le recuerda ahora? —recalcó ella, impaciente.

De inmediato, Lucía rogó para que Maurice hiciera memoria. Incluso rescató de su mente las numerosas ocasiones en las que su mejor amigo le había sugerido Canaán para publicar su novela. Solo por la confianza que Martín había depositado en la editorial, le parecía más que justo que el gerente se acordara de él. ¡Por Dios, debía acordarse de él!

—¡Ah, sí! ¡Claro! ¡Un gran hombre! ¡Y un excelente naturalista, por cierto! —exclamó él al cabo de unos segundos. Acto seguido, Maurice repescó ese episodio televisivo de sus recuerdos y prosiguió hablando—: Martín aseguró que los seres humanos somos la experiencia de una energía inteligente llamada Numen. Sus ideas generaron una gran polémica entre el grupo de tertulianos. Además, ese día él ocupaba la plaza de otra persona. ¡Excelente debate! ¡Menos mal que moderaba yo! ¡Nadie podía callarlo! —recalcó él, emitiendo esta vez un par de risotadas.

—Las hipótesis de Martín eran mías. Él las tomó prestadas de mi libro —lo interrumpió Lucía—. En realidad, yo era quien debía exponer esa teoría en el plató de la CN5. Y ahora por mi culpa él está muerto...

—¿Cómo dice? —preguntó Maurice, atónito.

—¿Maurice? ¿Maurice?

La débil voz de Lucía imploraba a través del auricular que él sostenía a duras penas.

—Por favor, continúe —le pidió él, turbado.

—Todo apunta a un suicidio. Pero yo... ¡yo no le creía una persona capaz de...! ¡Le encantaba su vida! —gimió ella.

—¿Qué le sucedió? —indagó Maurice armándose de valor.

—Debido a su trabajo, Martín viajaba mucho. En su ausencia, él me confiaba un juego de llaves para que regase sus plantas.

—¿Y? —la interrogó él, impaciente.

—Una semana después de su muerte fui a recoger algunas de sus pertenencias: sus padres no se atrevían a poner un pie dentro. Entonces la encontré: ¡en el hueco que separa la cómoda del macetero de banano! ¡Ahí estaba ella! —le explicó ella.

Maurice estaba casi al borde de un ataque de nervios. Ese último juego de frases cortas había disparado su atención. Todavía no había leído ningún texto de la joven, pero acababa de comprobar los efectos de su oratoria.

—¿Qué encontró? —formuló la pregunta al momento, nada más hacer una pausa en seco—. Dígame, ¿qué encontró? —insistió, deduciendo que el retraimiento de Lucía era una estrategia para poner a prueba su interés.

—Un colgante: una antigua llave oscurecida en la que destacaban unos símbolos. Enseguida la recogí. Supuse que a su madre le encantaría conservarla. Pero, al entregársela, ella no la quiso. Dijo: «Este colgante no era de mi hijo. Martín era alérgico a la plata».

—¿Y? —intervino Maurice, impaciente.

—Dos días después regresé al apartamento. La madre de Martín deseaba recuperar un álbum de fotos. Pero esta vez encontré el *loft* destrozado. Quien hubiera provocado ese caos buscaba algo. Pero ¿qué? Y la respuesta llegó con el informe de la autopsia: un suicidio por una ingestión de fármacos. Sin embargo, a pesar de la conformidad de sus padres, yo pensé que se estaba igno-

rando un dato importante: ¡Martín era naturista! ¿Lo entiende, Maurice? ¡Martín odiaba medicarse! Esa noche sentí pánico y le llamé a usted por primera vez.

—Lamento lo sucedido. ¿Y la llave? ¿Acaso cree que la llave podría pertenecer a su...? —le preguntó Maurice aterrado y tosió eludiendo articular la palabra «asesino»—. ¿Y yo? ¿Qué pinto yo en todo este asunto? —se pronunció encauzando el diálogo hacia su inquietud más inmediata.

—¡Esa llave y su maldita simbología! —exclamó Lucía indignada, ahogando con sus palabras las cobardes preguntas de él—. ¡He estado investigándola!

—¿Quiere que la ayude a descifrar los símbolos de la llave? ¿Es eso? —recalcó él, palideciendo.

En ese instante Maurice no supo muy bien por qué motivo se había dejado arrastrar por el ímpetu, pues resultaba más que evidente que no quería arrimar el hombro a esa trama tan turbia. Pero su cobardía desapareció enseguida.

—No. Yo conseguí adivinar su significado. En verdad, necesito que me ayude a dar con el paradero del...

—¿Del asesino? —se atrevió a interrumpirla, pronunciando esa antipática palabra para mostrar más aplomo ante ella.

—Al parecer, esta historia es más compleja de lo que creía. Necesito que le echés un vistazo —lo tuteó Lucía; y un segundo después le envió un mensaje a su móvil.

«¿Cómo sabe mi número? —se preguntó Maurice, intrigado—. Seguramente, lo habrá conseguido de alguno de los folletos que publicitan mis cursos *online*», recapacitó. Enseguida, dejó el teléfono sobre el escritorio. Después arrimó la lamparilla hasta la imagen para dotarla de luz y se sirvió de una lupa para ampliarla.

—Es... ¡es ella! —afirmó él boquiabierto al mismo tiempo que volvía a ponerse el auricular en la oreja.